

La tormenta

Todo empezó con una tormenta; tan grande, que parecía que era de noche. Los hombres del pueblo salieron a ganarse el pan, como cualquier otro día. Antes de subirse en los barcos, prometieron a sus mujeres, madres e hijas, que la tormenta no les detendría, y que regresarían junto a ellas. Pero la tormenta tenía otros planes para ellos... Pasaban los días y la tormenta empeoraba. Los hombres no volvieron. Las mujeres, preocupadas, encontraron a la orilla de ese mar revuelto unas maderas podridas, velas y una botella que contenía un mensaje: “Lo siento, pero no pudimos cumplir”.

Esa noche nadie durmió. Todo era llanto y sufrimiento. Al amanecer, la tormenta se disipó. Solo había escombros, ni rastro del pueblo... Nadie sabía por dónde empezar.

Lucía, la mujer más anciana, reunió a todas las mujeres y les dijo: “No podemos quedarnos de brazos cruzados; debemos actuar todas juntas. No hay hombres, pero nosotras tenemos espíritu y un gran corazón”. Hubo silencio. Todas las miradas se clavaron en Lucía. Más tarde, las mujeres asintieron con sus cabezas.

Lo primero en reconstruir fue el colegio; luego las casas y los mercados. Por último, el castillo. Unos limpiaban, otros preparaban alimentos. Por la noche, se sentaban a la orilla del mar, contemplando las estrellas y el oleaje, pensando en sus hijos, padres, abuelos, hermanos y amigos... Algunas lloraban; otras, sonreían recordando los buenos momentos pasados. Una niña pequeña dibujó un Sol en la primera caseta que construyeron. Nadie lo borró. Permaneció allí durante años, recordando lo sucedido. Aprendieron a valorar el trabajo en equipo y el esfuerzo. El mar se llevó a los hombres, pero no pudo con ellas, porque cuando todo se derrumba, ellas encuentran la manera de levantarlo, una y otra vez.